

# Diario del Delta

Adolfo Castañón

15 Dic. 91

Llegamos al Delta después de seis horas de atravesar llanos y llanos, verdes, verdísimos, verdulentos, verdeantes, verdeardientes; la vegetación se espesa paulatinamente, los arbustos crecen, los árboles tienden sus ramas, lianas, enredaderas, jardines colgantes, ceibas enormes formidables, un paredón verde, una muralla impenetrable, los muertos no tienen tiempo de morir porque ya están floreciendo, haciéndose árbol, selva, se los lleva la tierra, se los lleva el río, el inmenso, el caudaloso, el inconmensurable padre Orinoco que no se llama Orinoco porque cada brazo, cada caño, se llama de una forma distinta, caño Mánamo, caño Bravo, caño Guarumuno, el Orinoco siempre está allí; es otra cosa aunque te envuelva y te rodee con sus brazos enormes de miles de kilómetros y su caudal majestuoso que parece el mar, un lago, una extensión infinita de agua, un país, y Tucupita, lluviosa y con aire húmedo y decadente a pesar de ser tan nueva no es más que un modesto lunar humano en medio de la selva. Nueva Esparta, un pueblito de casas altas de adobe y teja con algunas construcciones modernas que instantáneamente parecen más viejas y un malecón a lo largo del río inmenso y un mercado que está también junto a un caño y del cual parecen salir, húmedos y mojados, todos los tucupitecos vendiendo verduras humedecidas y frutas que han viajado kilómetros por el agua. En esta ciudad minúscula en medio de la selva, la gente tiene prisa, es hospitalaria, las mujeres gritan y se ríen y los hombres, serios, pasan de largo y no saludan pero no por ninguna mala leche sino porque su vida parece aburrida, obsesionada por el río que no nombran y que los ahoga en sus aguas y se los lleva y ya no saben donde están ¿en la luna?, no: en el río; se los lleva la vida, el sueño, el cauce del río, el Orinoco onírico y entonces parecen despertarse, quisieran ahogarse de otro modo y sacar el tocadiscos a la calle húmeda todavía de la lluvia reciente y emborracharse con música mexicana gritando de vez en cuando, con una dulce, mansa, casi risueña desesperación ¡Viva México! En medio de la ciudad que respira niebla, ¡Ay, ay, ay! junto al río mudo e inmenso ¡Ay Jalisco! en medio de la noche y de la selva y rodeados por sus hijos que juegan junto a ellos viéndolos pasar a ellos también como si fuesen otro río incomprensible, otro caño que no se llama Orinoco, que no se llama Padre sino Félix o Pedro, el compañero de la madre, el esposo "si se quieren quedar allá ellos, nosotros nos las arreglamos solos" y el tiempo está inmóvil sobre todo cuando lueve toda la noche y desde que amanece es esta luz gris, la luz de la tarde que enmudece a los gallos y que empuja a los hombres a tomar cerveza desde muy temprano en la mañana, un

crepúsculo incesante, una hora pantanosa, líquida, con su luz lechosa y espesa que apaga todos los ruidos y que te sugiere que el calorón no viene de fuera sino de adentro, que tienes fiebre, que el clima lo exhala el reumatismo, el escalofrío y que sólo te separa de la selva de la muerte este hilo de vida, este río, este cañito que aquí se angosta y se hace subterráneo.

Lluvia, humedad, agua arriba y agua abajo, nos la pasamos encerrados en el hotel sin poder salir. El Hotel Warauno es un casco de dos pisos regido por una familia: el padre, delgadísimo y despeinado, demacrado, la madre, una gorda torpe con piernas gruesas como ceiba y brazos fofos y flojos que le cuelgan de los huesos dándole o subrayándole un aire de iguana, de saurio pretérito, cara chata y redonda, pelo cortado casi a rape y al parecer únicamente atenta a comer y a quedarse con los ojos y la boca abierta en el vestíbulo, dándose masaje en los ojos con las rayas indescifrables de una televisión que zumba y truena. Así que el hotel lo administran las nietas, sí deben ser las nietas, una pandillita de adolescentes displicentes y pretenciosas con pantalones cortos, uñas pintadas y granos en la cara. Ellas son las que mandan a la manada de mujeres flacas y llovidas que gritan a todas horas y "arreglan los cuartos", es decir se llevan las sábanas y las toallas para devolverlas quién sabe cuándo, pierden las llaves de la habitación, coquetean con los pintores, recorren infatigablemente los pasillos y azotan las puertas arrastrando los pies en chancas de plástico, los pies con las uñas pintadas alguna vez de colores chillantes y hoy descapeladas, descascaradas como los muros mismos del hotel que parece un tronco vacío en medio de la selva, un tronco de paredes fofas y oscuras adonde vienen a recalar los pocos, poquísimos turistas que llegan, gracias a Dios, al Delta. Porque, gracias a Dios, en Tucupita no hay hoteles —hay apenas dos o tres casas con cuartos que se alquilan a los comisionistas y fuereños, gracias a Dios no hay ni Sheraton ni Spa, ni albercas, ni bar "sofis", ni restaurant francés, ni salón de baile, ni masajes ni ski acuático ni todas las demás babielas. No es en definitiva una ciudad para turistas en el sentido American Express de la palabra. Aunque eso no quiere decir que no haya una tiendecita donde se vendan artesanías o que si te vas a la orilla del río no se te deje venir un hombre de lentes negros y bigote tupido —muy a la moda en Tucupita— tratando de venderte una piel de serpiente de tres metros y medio de largo, una culebra de agua. Y sin embargo cuán felices serían los turistas paseándose por las calles de esta capital deltáica y fotografiando en cada esquina los murales, las pinturas e imágenes con que los pintores locales iluminan las bardas —incluso la alcaldía ha mandado pintar paisajes bucólicos y navideños para felicitar a los ciudadanos y en todas partes cuadros, imágenes, frescos, murales y pinturas como si para domar la selva fuese necesario pintarla, pasar sus colores por la mano,

• Fragmentos centrales del libro del mismo título.

descubrir la arquitectura secreta de la jungla a través del dibujo. "Pinto, luego existo" diría el Deltano; "dibuja y llegarás a ser". Leo en esta tensión gráfica una voluntad de nitidez, un afán de claridad y limpieza impuesto como una reacción salutífera contra la profusa voracidad de la selva. En el restaurant Alcañiz puede verse una muestra plástica de la pintura deltaica, un ensayo para comprender a la luz de la conciencia el dibujo onírico del Orinoco.

Cuerpo	—	realidad
Corazón	—	sueño
Mente	—	crítica

"Estoy aquí en Tucupita, capital del Delta, invitado, inventado por José Balza. José Balza, como todo creador genuino ha sabido inventarse una tradición, unos precursores, una familia intelectual. Estar aquí con ustedes me hace reconocerse como miembro de esa familia. Reciban mi gratitud. Hable de una familia intelectual, de un linaje, ¿cómo apellidarlos? Es el linaje audaz y generoso del equilibrio. Porque el equilibrio, señores, es el premio de una acción riesgosa. El orden conjunto del cuerpo, de los sentimientos, de la mente es una aventura difícil y que sólo se logra a través de muchas pruebas, ensayos y ejercicios. Que la realidad, el sueño y la crítica, el cuerpo, el corazón y los sentimientos encuentren un orden, una economía a través de las palabras y de las ideas, de los argumentos y de las imágenes es algo que merece gratitud porque nos permite vivir mejor, es decir pasar con mayor felicidad, elegancia y pulcritud por el mundo. La gratitud que le debemos a José Balza tiene su razón de ser en esta búsqueda de orden y proporción que él como autor y nosotros como lectores compartimos. Gracias a sus cuentos y novelas vemos el mundo con menos prejuicios y que gracias a ellos comprendemos mejor al hombre y a la mujer, sus pasiones, su sexualidad, su muerte, sus virtudes y debilidades. Para acceder a este terreno José Balza se ha visto en la necesidad de inventar una familia intelectual, de reconstruir el espejo roto de cierta tradición hispánica e hispanoamericana, inventiva e imaginativa que pasa por Julio Cortázar, Guillermo Meneses, Julio Torri, Sergio Pitlor, Alejandro Rossi, Julio Garmendía y Luis Martín Santos.

Esta invención la practica José Balza con los muertos y con los vivos, con sus paisanos venezolanos y con sus paisanos de toda la lengua española a tal grado y con tal intensidad que podríamos decir, sin metáforas, que él es hoy uno de los embajadores más eminentes no sólo de las letras venezolanas en el mundo hispánico sino de las letras hispanoamericanas en el mundo. Y esta labor la hace el sigiloso y eficaz José Balza con el cuidado cotidiano del que recorta, anota, escribe y pone cartas en el correo —con la generosidad, tal vez inspirada en la forma del Delta, con la generosidad del que sabe que su obra desemboca en otras obras, que su vida se cruza y entrelaza con otras vidas, que el destino, en fin, es unánime."

Éste fue el discurso que leí ayer en la presentación del libro de José Balza en el restaurant Alcañiz. El libro, *La sirena de Pedernales* (Ciudad Bolívar, 1991) es una edición conmemorativa del Premio Nacional recién recibido por nuestro amigo, y fue ordenado y prologado por el profesor Abraham González, un mulato alto y fornido que sabe expresarse con frondosa elocuencia. La recepción fue transmitida por Radio

Tucupita y pareció una revancha que tomaron sobre José sus propios personajes. Fue para él una prueba nada sencilla ya que al mismo tiempo se le celebró allí su cumpleaños y todos los invitados le cantaron ¿cómo se llaman? las mañanitas venezolanas. Conocimos ahí a la famosa Carmen Luisa con quien iremos el sábado a cocinar y preparar hayacas. Ella es una mulata de ojos entre amarillos y verdes, cincuenta años pasados con felicidad y gloria, sonrisa y mirada pícaro, elegante y dueña de un cuerpo todavía ágil y esbelto que supo bailar merengue infatigablemente buena y mala parte de la noche. Ahí estuvo también un ex gobernador, ex preso político de Pérez Jiménez, ex diputado y ahora, parece, escritor aunque en realidad ha escrito artículos de opinión toda la vida. Nos habló del terror durante el perezjimenismo, de una isla cercana que servía de campo de concentración y de la miseria que, a pesar de las verdes apariencias tropicales, priva en estos territorios a una buena parte de la población de la subsistencia mínima: comen una vez por el día y cuando desayunan ya no almuerzan, visten ropa de segunda mano fabricada en Hong Kong y comprada en los puertos libres. Bailé yo con Digmar, la joven estudiante de letras que hizo su tesis sobre José, mientras Marie bailaba con Hernán el primo artista de José que se dedica a la escultura y que comparte con él, en vida y obra, esta pasión por el Delta.

Al volver de la fiesta, llegamos al hotel acompañados por José quien quería insistir con el administrador para que nos cambiara de cuarto, nos dijo que no, que no sería posible todavía. En ese mismo momento llega un negro, le pide una habitación doble y el administrador le dice que sí la tiene. José salta enfurecido y reclama la habitación para nosotros. ¡No nos la querían rentar porque, usándola como cuarto de paso, le sacaban más dinero! Pero en fin aquí estamos. ¡Y esa era la razón de tenernos reclusos en aquel minúsculo cubil! Ahora tenemos una amplia recámara con vista al río —iba a decir al mar por lo grande que es.

A la fiesta de ayer no invitaron al Alcalde porque es del MAS y la fiesta la organizaban los ADECOs. ¡Qué tristeza previsible la de que todo esté así, tan dividido por diferencias que nos parecen tal vez explicables pero innecesarias! José tenía algo de pena —de pudorosa incomodidad— por el acto, el libro, la edición y, al mismo tiempo, estaba feliz. Tal vez hubiese estado más feliz de no estar nosotros, testigos de carne y tinta. El otro acto notable del día de ayer fue el programa en vivo desde Radio Tucupita —una casa a medio construir, con el cemento pelón y sin pintura y con una cabina provista estrictamente de lo elemental. Ahí habló la locutora, José, el invitado mexicano y un puñado de tucupitenses éminentes y eminentes. Fue un acto no desprovisto de intimidad y de aire familiar mucho más agradable y humanamente más cálido y solar que la velada oficial posterior.

El chofer nos pasó a buscar a las seis y media de la mañana para ir al aeropuerto. Cuando llegamos, ya sabíamos que José no nos podría acompañar, que estaba enfermo, una bronquitis le cerraba la garganta nos dijo su madre —a quien por fin conocimos esa mañana— al tiempo que nos tendía una bolsa con provisiones, "el pobre las preparó desde ayer, pero que por favor se las lleven". Y nos las llevamos pero no las consumimos.

Todo fue demasiado rápido. Llegamos al aeropuerto y ya nos estaban esperando dos oficiales —teniente y subteniente,

blanco y negro, uno más fornido que el otro, uno mejor dispuesto y más atento, el negro, el subteniente Carrión con gran prestancia y seguridad —que nos ayudaron a subir al famoso helicóptero, una máquina alemana no demasiado nueva pero en buen estado que arrancó, se estremeció y se elevó de inmediato en una línea diagonal hacia arriba y describiendo amplios círculos lentísimos y luego en una línea recta ascendente que nos hizo ver de pronto Tucupita, el caño Mánamo, San Rafael, la iglesia, las calles y los árboles como en una maqueta, casita de muñecas, paisaje de juguete. ¿A quién le va a extrañar que los pilotos se sientan dueños del mundo si en un dos por tres ya están ahí en el cielo viéndonos a todos como hormigas? El viaje duraría poco. A más tardar estaríamos de regreso a las diez y media. Después de todo, dos horas en helicóptero no costarían menos de dos mil dólares como nos advirtió ayer un piloto cuando fuimos por la tarde a visitar a "El Negro", un leopardo enorme y terriblemente hermoso que tienen los oficiales allí, cautivo en una jaula desde cachorro cuando lo agarraron cerca de un pueblo comiéndose unos pollos. Una hora de ida y otra de vuelta y otra allá en Curiapo. La hora, las horas de vuelo se nos fueron como agua sobre el agua, los ríos, los caños, el tapete inmenso de la selva, árboles, palmeras, moriches, plantas, tierra empanañada, líquida, horizontes de agua, canales, ríos, una inmensa extensión verde envolviéndonos por todos lados como el mar, como un cielo invertido, kilómetros cuadrados de selva en todos los puntos cardinales, una infinita sabana esmeralda adornada aquí y allá por la serpiente lechosa de los caños que te parecen grandes pero que al acercarte a Curiapo, al padre Orinoco como se dice, te das cuenta por qué se llaman caños: ¿Cuánto tendrá que medir de ancho un río para llamarse río si un caño tiene cientos de metros? Da vértigo, una sensación de infinita selva de la que no se podría salir jamás porque el Delta es también un dedalo de canales y de caños y de ríos, de islas, islotes, penínsulas, playas y riberas, laberinto tanto más confuso e inextricable cuanto más uniforme porque todo es igual para todos lados y pobre de ti hermano si te pierdes, si te vas por ahí solo y desbrujulado: ya te jodiste, coño, adiós para siempre, amén.

De pronto sentimos que el helicóptero se ladeaba, descendía en línea diagonal cerca de la confluencia de dos ríos enormes, una boca inmensa de agua a la orilla de la cual distinguimos un caserío: Curiapo. El helicóptero llamó inmediatamente la atención y se empezaron a agolpar y concentrar niños y muchachos curiosos cerca de un pequeño malecón de cemento —todos morenos, todos flacos, igualitos, morochos al infinito, *à la queue leu leu*.

A *la queue leu leu* llegamos por fin a Curiapo, isla o brazo de tierra que se encuentra al borde de un Orinoco que se ensancha para desembocar en el mar, al sur de Tucupita, a 4 o 5 horas por lancha y sólo a una hora en helicóptero.

Curiapo es un pueblo palafito, un caserío cuyas calles y casas están enteramente construidas sobre pilotes, a veces de cemento, a veces de madera. Tiene un aire, diría un agua, de decrepitud y desolación, todo viejo, húmedo, abandonado, los maderos del malecón que serían la calle principal del pueblo están podridos o rotos y tienes que caminar sabiendo dónde pones el pie porque los palos tiemblan.

¿La población? Se diría un puñado de sobrevivientes, un racimo de prisioneros de un campo que se fueron confun-

diendo con sus guardianes hasta olvidarse quién era quién, nada, hombres tristes y mujeres flacas y panzonas, con el pelo lacio y una mirada gris de pantano, mujeres que parecen mosquitos con sus patas zambas y sus vientres bombos y niños y más niños cuya edad se puede definir por la ropa —los más pequeños van desnudos. Llegamos escoltados por dos militares como si fuésemos dos estrellas de cine o dos políticos, quién sabe, dirían: "sólo vimos bajar a un gordito mechudo que les hacía muchas preguntas a los militares y a una mujer blanca, de ojos azules y pelo color caoba, ella decía que era mexicana pero para nosotros que era gabacha, de Europa, tal vez alemana o francesa". Los militares nos enseñaron todo lo que pudieron, todo lo que se podía humanamente ver. Encabezaba la expedición explicativa el Capitán Carrión, fornido, recio, gente del Delta, hombre acostumbrado a comer lagarto y lapa, labios trompudos y ojos pequeños, mitad ídolo y mitad negro. Nos explica que hace más de dos meses no hay luz ni agua y "tenemos que vivir del agua de lluvia que baja de los techos y luego se almacena en tanques"; nos enseña el centro médico cuatro o cinco cuartos en apariencia vacíos que nos sugieren que en Curiapo las enfermedades son cortas, nadie dura mucho enfermo: o sana o muere, nos hubiese dicho la portera, enfermera de guardia, laboratorista que la mayoría de los enfermos caían por disentería, víctimas del agua podrida que quieran o no terminan bebiendo. "Me imagino que a la gente de Curiapo no le gusta comer sopa", dije sólo para tener vergüenza de abrir la boca. Luego atravesamos el pueblo caminando entre tablones flojos plantados en el agua, casi te dirías en una embarcación, no el Arca de Noé sino la barca de Medusa. Las casas, por supuesto, nada más dos, cuando más tres cuartos donde todo el mundo anda revuelto, ollas —allá dicen chinchorros—, hamacas, sábanas, botellas llenas o vacías, todo en desorden, la promiscua vida diaria, todo tiene un aire fantasmal, incluso las dos tiendas del pueblo, espectrales, húmedas y lóbregas participan de esa atmósfera submarina donde la discreción se impone al pudor. El cuartel de la Guardia Nacional cuenta con dos embarcaciones para ir, entre otros sitios, a la fábrica de palmito que ocupa casi a 700 personas, tiene un salón, el despacho del capitán y, luego, cuartos y más cuartos vacíos, barracas de cemento donde duermen de cuatro en cuatro unos mocosos escualidos y rapados: la infantería —algunos de ellos se quedarán en Curiapo, atados por el ombligo y el pito a estas mujeres indescriptibles. Pero ellos, los rapados, tienen a pesar de todo un aire menos lúgubre, menos tronado se diría en la jerga sesentayochoera que el sacerdote uruguayo que llegó a esta parroquia de Santa Bárbara de Curiapo quién sabe por qué turbia razón. ¿Serían así todos sus días o esa cara macilenta, triste y alargada, esa barba de días, esos dedos amarillos de tanto fumar, esas piernas velludas fueron cosa excepcional, digamos, la buena fortuna que quiso que viéramos al pastor en una de sus temporadas tristes y días *desperados*, otro personaje de Beckett chapoteando entre aquellas almas seguramente menos viscosas que la suya propia que hablaba de la Parroquia y de sus fiestas en tercera persona del plural "ellos", "sus fiestas", "aquí les llaman aguinaldos". Pobre sacerdote uruguayo; ya me imagino que para el ché el sólo hecho, échale, de vivir en Curiapo, equivalía a una antesala del infierno y él así parecía llevar su exilio de saudades en sudor rancio, castigo a quién sabe qué oscuro pecado

inconfesable, la penitencia incesante por alguna abominación. Pobrecito cura uruguayo. Hasta los cigarrillos le caían mal, le parecían amargos, los fósforos se le deshacían húmedos entre las manos y, por fin, al inhalar el humo, sentiría un sabor agrio, a polvo de cobre y derrota. Qué diferencia con María Méndez, la princesa, la artista, la dueña de la casa que nos llamó tanto la atención —si por eso la conocimos— que pedimos permiso para entrar y más tardamos en decirlo que los militares en tocar y pedir que nos abrieran las puertas de par en par para ver mejor lo que ya habíamos entrevisto: cuadros, pinturas, imágenes, exvotos profanos, algunos pintados sobre piedra, otros sobre madera y tronco, nada del otro mundo, sino precisamente de este mismísimo Delta: palmeras, selva, palafitos, imágenes del río con y sin casas y todo un primer en una salita inmaculada, limpia hasta el heroísmo porque seguro que la escoba y la jerga en esta selva, en medio de lodazales, pantanos y morichales tienen mucho de épico y hay un heroísmo en estar limpio en medio de la jungla. Y eso era, ni más ni menos, lo que la artista les enseñaba a sus pupilas: a estar limpias, a peinarse, a no decir malas palabras, costura, remiendo y algo de cocina —donde del cielo en esta abandonada espesura. La casa de la artista es la única de Curiapo que parece eso, casa, la única limpia, la única poblada, decorada, continente mínimo y vasto de un mundo interior con sus adornos de hojas de caimito endurecidas con goma, sus hongos pintados de colores, sus arreglos de flores hechas con metal y con hojas secas, sus acuarelas pintadas sobre piedra y un olor en el aire a café y a galletas recién hechas. La artista era, a nuestros ojos, la princesa de Curiapo pero ni ella —belleza mustia de unos cincuenta años, morena pálida, peinado japonés con agujas en el chongo— ni su marido —un flaco galgo olfateador de lentes telescópicas que veía con la mayor admiración a su mujer como el perro a su amo— eran ricos ni mucho menos, tal vez sí un poco por encima de los demás, *au dessus de la mêlée*, aunque el tesoro verdadero de aquella pareja de príncipes de los pantanos estaba más bien en su amor a la música, a las formas bellas, a la buena educación, al vestido limpio, porque aquel aseo y aquella cortesía, aquella voluntad de forma parecían más bien cosa de brujería en medio de aquel mundo inestable y viscoso, y no me extrañaría que los vecinos famélicos de Curiapo vieran en Doña María una sacerdotisa límpida y misteriosa, la profeta profesora de un culto no por transparente menos inexplicable. Magia nada irreal. El capitán de la Guarnición se quejaba de que sin luz ni siquiera tenían radio porque los transistores no eran lo bastante potentes para captar las ondas de Tucupita. El profesor Méndez en cambio, tenía radio. ¿Cómo lo había logrado? Sencillamente había conectado la antena muerta de su transistor a la instalación muerta de Curiapo y ya con eso le llegaba la algarabía de Radio Tucupita, los mensajes, el río hablado, los coñitos, los avisos, cuñas y anuncios que la gente paga para que el locutor corra la voz en el aire de que Milagros debe pasar a casa de su tía antes de volver a Pedernales, que Ramsés tuvo un hijo en Winikina, Yadira en Cocuina, si alguien pasa por la isla de Caimán llevando baterías y transistores se le pagarán a buen precio, que los alemanes que llegaron a Vuelta Triste recibieron un aviso en el Banco Latino, que los waraos de San Carlos llaman a los de Manamito para organizar la luna llena en Pedernales, y así sucesivamente todas las voces a Bolívar por Radio Tucupita los días de sol y lluvia, o de lluvia sin sol.

Visitamos Ciudad Bolívar, la antigua Angostura, en 24 horas, turismo intensivo, talón va, talón viene por el Casco histórico, con sus calles coloniales que suben y que bajan, tejados, balcones, paredones de adobe, secretos jardines silenciosos y mansardas desoladas, playas, iglesias, parques, todo inmóvil, muriendo en voz baja igual ahora que ayer, la historia aquí se detuvo, muertos ya los héroes, sus biógrafos, los diputados que se beneficiaron cocinando con leyes aquellas batallas, los oradores que los invocaron en incesantes versos esdrújulos, los licenciados que los aprendieron a recitar de niños como un evangelio incomprensible, y ahora sólo quedan callejas muertas, caños y canales donde quedó estancada la Historia —pero junto al río, en el paseo Orinoco y en el mercado y en sus alrededores viene a nosotros como una brisa infernal el ruido, los tambores, las maracas, pu-pu-pa-pupupá, palimpsesto de fragores africanos, aquí cumbia, allá merengue, arpa por aquí, y mandolinas por allá, hierve el ruido, brota incontenible como una epidemia un fragor de selva eléctrica y metálica, Nueva York es poco, atascos kilométricos alrededor de ocho calles, bocinas, reggae, tam-tam, otro río de basura hermana junto a la felicidad fluvial del Orinoco, es el mismo caldero de brujas baratas que nos ha dejado el Macbeth moderno con sus usurpaciones santificadas por la jerga ilustrada, la misma olla podrida de plástico, bazar, estruendo y montón que recorre América de cabo a rabo, Cartagena o Hawái, Panamá o Veracruz, México o Lima, Bogotá o Miami, el torbellino de la hojarasca ruidosa y rimbombante que late, ay, bajo nuestras venas que ya son también sordas y sordidas. "Si aumenta la gasolina habrá saqueos", pero mientras que siga la rumba a toda hora que no pare el danczón al aire libre, que sigan la cumbia, el merengue y la lambada, que nos haga chicharrón el ruido, que no queden dudas de que no estamos solos, este es el caracol que deja oír en su rumor el mar urbano, sopita de caracol, el gran eco del desierto que viene a nosotros como un reino prometido de Culiacán a Cucutá, de Hermosillo a Tegucigalpa, pasando por Barquisimeto y Quito hasta alcanzar Los Angeles y Chicago.

Domingo 22 de diciembre de 1991

Lunes 23 de diciembre de 1991

Domingo fue un día memorable y grávido de acontecimientos: concluí *Nord* de L.F. Celine, fuimos de excursión a Pedernales en lancha prestada por el "Amo del Valle", en compañía de Gonzalo, el amigo de José y de A.A., la sobrina de José, una ex alumna mía, hija de un ex guerrillero ahora transformado en célebre médico naturista; fuimos a oír humear en la vida nocturna del Delta a las dos discotecas-bar de San Rafael, iluminadas con intermitente y espectral luz negra, estroboscópica. Se bailaba con un fervor tenaz y solemne, los cuerpos cumplían ahí un trabajo apremiante, daban con sus movimientos una conciencia común, una gozosa, dolorosa réplica a la fermentación vegetal, a la húmeda, floja, incontenible, fecundación fluvial que iba aflorando sus perlas en las pieles estremezadas por el silbato y el *tam-tam*.

Ayer al salir de la discoteca a media noche regresamos caminando al Hotel Waramo. En la plaza, ¡boom! más fiesta y canciones, un conjunto a todo lo que da tocando el mismo merengue, la misma tenaz serpiente acústica que devora todos los cuerpos. Alrededor, un grupo de policías designados

para guardar el orden, empuñaban sus rifles y los golpeaban con monedas o simplemente con las palmas de la mano como si fuesen guitarras. Era la guerra bailando cumbia.

El día 16, un día antes de la presentación del libro de José, murió Monseñor Álvaro Argimiro García Espinoza, Vicario Apostólico del Bajo Orinoco y Obispo Emérito de Tucupita, "patriarca espiritual de los waraos". Llegó a estas tierras a finales de los años 30 como fraile misionero de la orden de los capuchinos. Con su labor de etnólogo y antropólogo documentó la cultura tradicional de los waraos —cartas, leyendas, tradiciones. Al mismo tiempo, desarrolló una actividad social para mejorar su condición y sacarlos de la pobreza. A sus exequias celebradas en esta tierra del agua asistieron todos los integrantes del episcopado venezolano. La Catedral de Tucupita —un macizo y pétreo cascarón concreto construido gracias a sus empeños—estaba lleno ese día. Un pelotón de soldados le hizo los honores, siete sacerdotes oficiaban y la iglesia estaba llena de niños y mujeres.

No había, hasta donde pude ver, waraos. Monseñor García Espinoza era, además de todo, lector. En 1965, después de leer *Marzo anterior*, el primer libro de José Balza, excomulgó al autor y prohibió la lectura del libro porque éste incluía un chiste sobre el Espíritu Santo ("Adiós palomo marica" dijo el Palomo con palabras que lo llevarían al infierno. "Bueno, y eso que tiene que ver con tu situación" le preguntó otro Palomo. "Es que ese palomo es el Espíritu Santo."). De este modo, Balza debe al Obispo García Espinoza la distinción de haber sido reprobado explícitamente por la iglesia de su ciudad natal. Le debe su condición de réprobo y no deja de ser curioso que él, el Obispo, haya sido velado el mismo día en que se bautizaba en un acto oficial *La sirena de Pedernales*, el libro que le editaron a José como homenaje recogiendo algunas de sus narraciones ambientadas en el Delta, —narraciones encaminadas, la mayoría, por el camino de toda la carne.

Gonzalo, el amigo de José, dice que la felicidad es algo que sólo les llega a los viciosos. Dicho de otro modo, la búsqueda de la felicidad sería una búsqueda del vicio, una empresa viciosa, un ir en pos de ciertas experiencias en perjuicio o negligencia de otras. La sentencia de Gonzalo también significa que la felicidad es una manía, una búsqueda neurótica de la idea fija.

—¿Y no hubo alemanes en el Delta? ¿Cuáles fueron los ecos de la guerra aquí?

—No, no hubo, fueron muy pocos. Sólo se oía de vez en cuando decir a algunos campesinos que, a veces por las noches se encendían unas luces debajo del río y avanzaban bajo el agua iluminándolo todo a su alrededor. Yo creo que se trataba de submarinos alemanes.

#### Nord

Príncipes, magnates, la élite y la crema, almas buenas, *beautiful people*, amos del valle, *jet-set*, generales, cancilleres, propietarios, *business class*, *only particular people*, *les gens qui competent*, en la guerra o en la paz, en la derrota o en la victoria, crisis, boom, recesión, despegue o crack, comerán bien. El caviar no debe faltar en las mesas de quienes deciden el destino del mundo, de los estadistas, de los vendedores o compradores de armas y otros productos estratégicos. La guerrilla o

la bomba Z, los neutrones o las bacterias "respetarán siempre los delikatesen de las mejores mesas". La alta cocina es una "Razón de Estado". Ahí en el Brenner Hotel de Baden-Baden, ahí estará la *Bouillabaise* del Legation-Straat Schulze, antiguo diplomático de rancia familia, la *Bouillabaise* cuyos ingredientes llegan al hotel frescos, como salidos de un acuario; diariamente, en lo peor de la guerra, llegaban los mariscos, los peces, los langostinos, camarones y mejillones para el caldo del príncipe, mientras las viudas se consolaban sobrealimentándose con pastelería vienesa.

#### Sur

Pero aquí en el Orinoco, no parece tan sencillo comer bien. Se puede comer pescado y carne, lau-lau, morocoto, corbina, pargo, lomo de res, filete, lengua y pollo, pero no se van a encontrar vinos, ni aguas de fruta. Incluso para desayunar resulta difícil o de plano imposible improvisar un desayuno americano con huevos, pan de dulce, café y frutas. El mercado nos dejó una impresión poco alentadora. El día que fuimos llovía y todo estaba empantanado, las calles llenas de lodo, olor a sangre y fango, a pitanza y matanza; las verduras tullidas y mojadas parecían pudrirse en los puestos; no era fácil elegir. Para la alimentación en el Delta hemos llegado a la siguiente dieta:

1) Desayuno con café negro o marrón, pan de dulce, jugo de lechosa papaya y —sólo yo— leche que bebo en grandes cantidades.

2) Comida: de preferencia algo sencillo, un sandwich o una punta de carne comida en el hotel o en cualquier sitio.

3) Cena: platos fuertes, invitaciones a casas o a restaurantes —El Capri, donde comemos pasta y Lao-lao en salsa verde hecha con ajo, lechuga, perejil, aceite y tal vez albahaca.

La gente aquí come mucha yuca, plátano, cazabe, arepa. Mucha harina y pocas proteínas. Desconfían de la fruta y las verduras y es tal vez la nostalgia de algo firme en esta tierra del agua la que los lleva a sobreestimar las masas, las harinas, las tortas, las hayacas, los buñuelos y domplinas. ¿Será porque piensan que con un lastre de fécula no se los llevará el agua?

El sábado fuimos a casa de Carmen Luisa, la alegre amiga de José y ex-esposa de Gonzalo, a cocinar hayacas. Carmen Luisa nos hizo la gracia de abrirnos su cocina y nos enseñó a picar, cortar, amasar, aceitar, extender, doblar y amarrar las hayacas con su relleno, su gabardina de maíz envuelta en hoja de plátano. La diferencia con el tamal mexicano estriba básicamente en dos factores: 1) que la gabardina de maíz es aquí más bien ligera, casi un velo; 2) que las hayacas se cuecen en agua y no al vapor como en México los tamales. Otro factor de diferencia es la complejidad del relleno que sobrepasa con mucho al relleno de cualquier tamal mexicano y se aproxima al relleno del pavo navideño con su variedad de carnes y en especies. Esta manufactura de las hayacas me permite decir que, al igual que en Francia y en México, en Venezuela he entrado a la cocina.

"Heráclito miente. El río no pasa, está fijo, inmóvil", dijo José el día que salimos a estrenar la Tonga, la lancha de Hernán mientras navegábamos hacia el sol en ocaso y nos lo brindaba con su enunciado con el vaso de whisky en alto.

La afirmación, que puede parecer chocante al espíritu convencional o desprevenido, es explicable y plausible en función de una cultura de lo improvisado y provisional donde

lo único perdurable es el río, su majestuosa grandeza a prueba de ruinas y de decadencia. "El río está inmóvil, sólo vejece y pasa la humanidad."

Breve excursión a Barrancas con José, Marie, A.A. Ellas agua y cerveza, nosotros ron: con Pepsi José, yo con café. Paseo junto al río inmenso por el que pasan inermos buques de carga. En las escaleras del malecón, José terminó de hacer la entrevista que editará la revista *Imagen* —una vecina que iba a tomar una lancha se acercó a José y le preguntó si él era Balza, le dijo que ella y su hermana lo admiraban y leían y luego tomó su lanchita —transporte colectivo— para irse a perder a su pueblo, a su caserío. Yo estaba extasiado, embobado viendo una y otra vez el río inmenso. Atrás, las mujeres eran previsiblemente cortejadas y miradas con ojos de fuego por los machos borrachos.

Los *waraos* —según explicó horas más tarde Don Teodoro Fernández, neurólogo y político— vinieron del Norte huyendo de los indios Caribes quienes se establecieron en Barrancas para desde ahí cazarlos y comerse los. Apreciaban como un manjar la carne del indio warao, lo hacían engordar y lo cuidaban, pero preferían, sobre todo, la carne de niño. Los waraos eligieron venir a la selva para huir de la cacería humana practicada por el Caribe. Lo dijo Don Simplicio, un hombre delgado, de rasgos negros, casado con una mujer árabe. Las teorías son de unos antropólogos gringos: Johanne Wilbert y Miguel Jauysse, *Editors: Demographic and Biological Studies of the Warao Indians*. UCLA. Latin American Center Publications. University of California, Los Angeles, 1980. y H. Dietrich Heins: *Apuntes para una etnografía warao*.

Don Simplicio fue gobernador del estado hace unos 15 años pero lo derrocaron porque propuso expropiar el aserradero y la fábrica del palmito para beneficio de los indios. La medida fue recomendada unánimemente por los antropólogos en un congreso pero fue discretamente aplazada para el nuevo gobernador que lo sustituyó. Don Simplicio es lector del *Libro verde* de Khadafi ("No hay democracia sino dictadura de partidos.") y sostiene la incendiaria opinión de que la democracia en Venezuela ha producido más muertos (cerca de treinta mil) que la dictadura (no más de diez). Simplicio, hijo de marineros pobres de Puerto Cabillo y seguro *self-made man*, tiene un apetito de ogro y comió varios platos de pisci—quién sabe qué, un picadillo hecho con Lao—lao salado además de arroz, plátano relleno de queso, flan y hayaca. El hombre, de excelente humor, volvió a su trabajo después de despacharse este banquete y hablar de caníbales y masacres. "Indio comido, indio ido" y nos levantamos y despedimos deján do a Balza cantando canciones y boleros mexicanos.

No fuimos a los Castillos de Guayana. Pensamos en la excursión demasiado tarde y sólo quedaba hacerla el 24, hoy, una fecha nada propicia porque el que no arregla sus cosas familiares, está borracho. No veremos las babas, los lagartos durmiendo al sol, ni pasaremos por los remolinos ni por los bancos de pirañas. Será en otra ocasión que recorramos el río inmóvil pero traicionero. "Heráclito miente" ha dicho José aludiendo al carácter inmóvil, perenne del río. Pero tal vez Heráclito habría mentido por otra razón. No porque no sea cierto que nadie se baña dos veces en el mismo río sino porque en un río como el Orinoco podría ser imposible que

alguien se bañara siquiera una vez. No, no sólo no se vive dos veces el mismo momento; a veces no llega a vivirse ni siquiera un solo instante.

Dedicamos la mañana de este 24 de diciembre a comprar artesanías. Primero en la tienda de un turco formidable cuya hija Odette de belleza bizantina, alta, elegante y de perfiles clásicos tenía, ay, la barbilla rasurada como aquella esposa de un agregado cultural brasileño que se había hecho un tratamiento con hormonas para tener hijos y le habían salido barbas. Con el turco compramos un chinchorro, es decir una hamaca hecha de palma de mariche y un estuche tejido del mismo material. Total 3 390 bolívares. También fuimos a comprar otras cosas a una tienda de artesanías cuyos dueños son amigos de José. La tienda era enorme y había de todo lo que puede haber —cestas, estuches, sombreros, manteles, chinchorros, móviles, abanicos, cestos y más cestos, bolsas, morrales y todo lo habido y por haber.

La palma de mariche tejida produce una impresión de limpieza. El mariche es aquí muy apreciado; aunque son pocos los criollos que tienen artesanía de este material en su casa. Del mariche se dice que el indio extrae todo: casa, vestido, comida, adorno; es en el sentido literal, el gran árbol del ser, el tronco fecundo que provee de vida. Los dueños de la tienda felicitaron a José por su premio. El muchacho, al calor de la conversación, comentó unas palabras de Carlos Andrés Pérez en el sentido de que privatizar la educación sería como dar un golpe de estado: "pero predicar con el ejemplo, eso es precisamente lo que está haciendo". Algo semejante o peor a lo que está sucediendo en México. Las minorías gobernantes de nuestros pobres y pequeños países los están entregando al gran capital. Ellos mismos se suicidan pero no se dan cuenta de lo que están haciendo. ¡Habría dinero para el Circo pero no para el Teatro! ¡El teatro quedará reservado a unos cuantos!

Cinco y cuarto de la tarde, una tarde apacible, las aves llegan a sus nidos, el sol cae sobre el río, tenemos algunas horas antes de iniciar la parranda, iremos de casa en casa ¿cuánto aguantaremos? Hasta caer en alguna casa para quedarnos ahí un rato más largo. Calculamos llegar temprano en la noche. Incluso el conserje del hotel nos preguntó con su voz melosa de negro simpático y obsequioso: "¿Sr. Castañón, pasará usted aquí la Noche Buena?". Nuestra respuesta afirmativa le hace exclamar: "¡Qué lástima, tendré que trabajar!".

A Gonzalo le gustó el perico de cristal sobre una piedra bruta de amatista que le regalamos y que compramos junto con otros en Ciudad Bolívar. En conjunto de no más de 12 cm. de altura parece provenir de Minas Gerais en Brasil, donde la adquirió nuestro amigo libanés, Abdul, desde luego, el inofensivo y delgado pájaro que atravesaba la frontera cargado de piedras, geodas de amatista, partidas en dos que se abrían a paisajes de una belleza formidable a la vez familiar y poderosamente nueva, lajas pulidas de ágata, amatista y cristal para servir como porta—vasos y pequeños platos, medallones, y esculturas de gavilán, de pez y de ave en piedras macizas de diversas clases, el hombre que nos confió que amaba tanto las piedras que había dejado todo para entregarse a la venta de las piedras —más que un vendedor, tenía el aire por momentos de tenerse por uno de los sacerdotes incógnitos que predicán secretamente en las ciudades, la religión de las piedras, la reverencia al tiempo y sus abismos. No en balde las piedras están consideradas de gran valor. Por si fuera poco.

la cocina, con su abundancia de guarniciones criollas y Caribeñas —yuca, papa, maíz, plátano. Hay incluso un plato que se llama bola de plátano. Parece que el deltaño prefiriera comer cosas sólidas, piedras, empanadas, arepas, cachapas, hayacas, bollos para oponerle un dique al gran río del hambre. Pues junto al Delta pasa otro río, el río humano que corre en otro caudal junto a él. ¿Qué saldrá de estas poblaciones, cómo será en el futuro esta sociedad? La respuesta la conoceríamos si tuviésemos una visión a la vez global y particular para considerar ese proceso en sus ritmos externos e internos.

El deltaño celebra la Navidad sin exagerada efusión sentimental —y no porque no la celebre. No es una navidad tan católica, tan llena de rituales y liturgias como la mexicana y la francesa. Hoy 25 desayunamos *domplinas*. Unas tortas o grandes panes redondos que se asan y luego, recién hechos, se parten en dos, se rellenan de queso y mantequilla con un poco de aguacate. Vienen de Trinidad y saben ¡a pan! Las *domplinas* son frondosas y exuberantes como grandes tetas, como grandes frutos de harina.

El calor ¿fuente de vitalidad? tal vez sí, pero también hace a la gente descuidada. La hace sensual, caliente, y proclive al alcohol —aunque al parecer la borrachera es patrimonio de todas las latitudes.

Visitamos en Cocorito al escultor Aurelio, hombre simple que hace tallas en madera: esculturas de Bolívar, indios con troncos monumentales que él mismo tala de la selva. Parece un hombre capaz de crear y recrear la humanidad con sus manos. Sólo vimos fotos de su trabajo, pegadas con chinchas en su pobre casa. Una de las fotos nos sorprendió: representaba a Bolívar enfermo en una cama asombrosamente tallada, con los pliegues de las sábanas perfectamente simuladas. Parece que vende ahora demasiado caro y que sólo quiere hacer piezas monumentales cuando tal vez lo mejor sería que se dedicara a producir piezas más modestas.

En Cocorito, los hombres toman cerveza mientras se bañan junto al río. "toman un palo en el agua".

En casa del ex gobernador Antonio Cabral y su esposa Zenaida, en compañía de Marie, José, su primo, un doctor cubano, Roberto y su esposa. Una casa amplísima en una sola planta, no menos de ocho automóviles y en el interior salas y salas todas llenas de cuadros de pintores venezolanos. Primero el negro habló de los búfalos en la selva tropical y luego del problema del dragado, es decir de que el Estado tenga una política planificada en cuanto a la creación de nuevos centros urbanos. De ahí habló de política o siguió hablando de política y preguntándose si el Delta del Orinoco es o no una excepción con los grandes deltas de la humanidad —desde el del Rin hasta los del Nilo y Mesopotamia.

Abundan los turcos, libaneses, algunos sirios, manosean sus rosarios en las calles, se las arreglan para comer comida árabe. Tendrán pronto una mezquita en Caracas. Parecen ser los dueños de todo pero al mismo tiempo parecen indiferentes hacia las causas de las diversas guerras islámicas.

Cenamos comida árabe en Ciudad Bolívar en un buen lugar con vino importado español. A la mañana siguiente, un vendedor de piedras semipreciosas nos regaló unos sandwiches árabes, nos ofrecieron una invitación a una cena navideña donde se comía árabe.

Pero, junto a los árabes reales, existe además una inex-

plicable sentida amistad que lleva a inventar nombres árabes para las mujeres criollas: Digma, Zenaida, Yadira, un extraño murmullo oriental que también se aprecia en un debilitamiento de las "r's", al pronunciar que les da a los regionales un aire chino, oriental —hablan como los chinos— sin pronunciar claramente la "r".

El día que estrenamos la lancha de Hernán recorrimos el año de arriba abajo, up, up, las olas golpeando contra el casco de la lancha que corre a mil por hora. Sólo se siente la brisa, el aire que golpea la cara. Ponemos ese mismo aire reconcentrado que ponen los perros cuando pasean en auto con la cabeza erguida. "Chuby", uno de los lancheros salta, al llegar a la isla en cuyas playas nadaremos y trepa de inmediato al muelle, sube a una parte elevada donde hay una banca. Va con el pecho desnudo, descalzo, solo vestido con los pantalones. Empuña el cuatro con el cual, como si fuese una lira, suena algunos acordes mientras eleva hacia la luna una canción rota, parece un poeta, un hombre que sólo interrumpe la ebriedad para contemplar la belleza. Mientras canta, nadamos y saltan en el río más toninas atraídas por nuestra pacífica recreación. Salgo todavía escurriendo, con el pelo sobre los ojos y el agua a la cintura. Oigo una voz que me llama. Apenas tengo tiempo de dar la vuelta, cuando siento llegar hasta mí, volando, un objeto blanco. Es una lata de cerveza que atrapo al vuelo. Busco las manos que la enviaron y la lanzo de regreso. Quiero seguir nadando sin nada entre las manos. Ya es hora de volver a la lancha. Se desliza como un trineo sobre el río y yo me siento feliz como un personaje de una novela rusa que atraviesa la estepa en un trineo jalado por perros. Las estrellas arriba, son las mismas. *Marie, Marie, and we went down.*

Pintores, escultores, artistas, artesanos, cocineros, tejedores, todo mundo canta y baila. Hay muchos artistas sobre el Delta. La belleza, la técnica, la contemplación se revelan en el trópico como una instancia higiénica. Una tierra firme para saltar fuera del pantano.

26 Dic. '91

Volamos hacia Margarita, a casa de R. A. en "Plaza Margarita", un conjunto residencial, uno de esos edificios modernos de apartamentos de muchos pisos. Este es blanco, immaculado, la vista al mar azul del Caribe y aire acondicionado. Margarita, pequeña y cosmopolita, una isla que participa hoy del parque de diversiones, la boutique, el museo, el supermercado, el centro turístico y el *duty-free*. Puedes desayunar con camembert y mermelada irlandesa, con queso italiano salado de cabra.

R. A. me da a leer dos poemas de extensión media escritos en forma de soliloquio o meditación filosófica donde el canto se va construyendo (imagen en imagen, pensamiento por pensamiento) a partir de la reflexión. Recuerdan tal vez al primer Eliot, a Auden y también un poco a los poetas italianos de la posguerra. Le hago algunas observaciones: que en un poema abierto a la filosofía hay que cuidar de no usar abstracciones o redundancias ("trastocamos monólogos/exageradamente lúcidos/en un diálogo conmigo mismo"); que la transición entre los enunciados sobre el poder y la evocación de la madre es algo brusca: "el poder en un solo punto concentrado explota como una estrella avara"

y "Repartir, 'compartir'"; que la frase o verso: "No hay tino que sobreviva al tino de las piedras de David" expone una interpretación tal vez demasiado optimista de la revolución.

Después de visitar varias plazas, fuimos en la noche al galgódromo o canódromo de Margarita. Hay ahí 1 200 perros y de 8 a 12 carreras diarias. El estadio lleno de niños y adolescentes hace ver que existe aquí una vida nocturna infantil. Una demostración más de que en nuestros días el circo tiene mayor importancia que el teatro, como dice Celine.

Carreras de perros —un buen deporte para nuestra edad cínica donde todos corremos desesperados detrás de una liebre ilusoria.

Los 1 200 perros del estadio son cuidados por un equipo de veterinarios, dietistas, doctores, expertos que los cuidan y los mantienen en forma. Los dueños de los perros son muchachos jóvenes, jóvenes ejecutivos casi indistinguibles de los niños. Niños, carreras de perros, bellísimas y atrevidas adolescentes, algunos viejos y hombres maduros que como ogros van a absorber la energía de los niños.

Margarita, isla artificial, vive del agua del continente. Es una geografía en miniatura, una colonia de vacaciones con *duty free* de la cual sale la gente cargada de todo tipo de vituallas. Es también, bajo la superficie dorada del casino, una isla bárbara y que exhibe la barbarie de esos desterrados que se resignan a ser venezolanos porque todavía se hacen la ilusión de que son europeos, italianos, franceses.

¡Qué vaina!, se dice. La expresión parece que remite a la funda del machete y por extensión a la funda vaginal. Es una expresión despectiva y de raíz vulgar, según nuestro amigo Gonzalo.

Corotos —trastos, cosas— nació en los tiempos de Guzmán Blanco quien había ido a París y compró ahí unos cuadros del pintor Corot. El dictador o alguno de sus ayudantes, preguntó al volver: "¿Dónde están los corotos?" y así quedó acuñada la palabra como sinónimo de trasto, objeto, cachibache, cualquier cosa.

Este es el plano de la casa de los Palanzolo, ella seguro Valentina y el un italo-venezolano de linaje boticario. Para más señas, ella es hermana de la primera que ha llegado a mujer Académica de la Lengua en Venezuela. Viven en un barrio de Margarita, que se llama —parece— San Benito, porque cuando atravesábamos en auto nos detuvo una procesión que danzaba al ritmo de unos tambores negros y que hacía bambolear al santo bajo los hombros de dos fregonas que le darían miedo a un pirata. Palanzolo es un tipo locuaz, chistoso, el tío que se inventa una pata de palo y se pone un trapo en la cabeza para hacer reír a los niños. El verano lo pasa en Sierra, el invierno en Margarita. Se dedica a la importación de vinos de mesa y se da el lujo de importar los vinos fabricados para él mismo en Italia. La casa nos gustó e impresionó con su jardín, su olor antiguo de casa próxima al mar y sus pequeños detalles como por ejemplo el de las piedras blancas puestas de canto en una diagonal en la puerta de acceso a la terraza marina en forma de diagonal o de rombo.

Durante este viaje a Venezuela (del 4 al 29 de diciembre), aunque de lejos, advertimos la crisis, el hambre, la incomformidad. A principios de diciembre, las marchas de protesta por

los aumentos a la gasolina, los motines, los estudiantes muertos; a mediados del mes, observamos la inexplicable escasez de azúcar en el Delta hasta el punto que muchos conocidos aprovechaban los viajes a las ciudades del interior para ir a comprarla; en vísperas de Navidad las colas enormes, interminables de la gente —la mayoría mujeres— esperando a la puerta de los bancos para cobrar la beca que el gobierno da desde hace poco a las familias cuyos niños asistan a la escuela. El hambre recorre Venezuela como recorre toda América —la latina y la sajona—. No es sólo el hambre moral, la sed de justicia, sino un hambre física, la desnutrición crónica, el vestido pobre y la casa que comparten y heredan padres, hijos, sobrinos, nietos y toda la parentela que cohabita y convive bajo un solo techo como los mismos indios waraos a la orilla del río y sus caños. Otro signo de pobreza: la sorpresa que causaba entre mesoneros y meseros, choferes y cargadores que diera uno una propina del 10%. Lo usual parece ser el 5% o incluso menos.

En Tucupita, en vísperas de Navidad, las zapaterías estaban vacías mientras los zapateros no se daban abasto.

En Tucupita sólo hay una estación de radio, la televisión no llega más que a través de un canal y éste siempre rayado y distorsionado. Llega un diario local —muy malo— de Ciudad Bolívar y, aunque no siempre, El Nacional. Revistas, desde luego, ninguna y libros sólo a través de ferias o de la temporada escolar. En realidad, el único medio de comunicación es Radio Tucupita. Sin embargo es muy probable, seguro, que la situación cambie antes de una década.

El tema de la crisis política de Venezuela: C.A. Pérez, ya nadie cree en nada, la gente piensa que se la pasa viajando y que es además un pésimo administrador, cuando está en sus mejores momentos y cuando está en sus momentos críticos es simplemente como todos, ladrón y corrupto, sacadólars. Según Juan Nuño el problema está en que ADEC está vieja y dividida —igual que el PRI. Es decir, hay un vacío de poder. Sin embargo, por mucho que estén desprestigiados, parece que la única vía para conservar la paz sea la permanencia de este gobierno. Aunque tal vez sea un error llamar paz a la guerra civil económica que vive el mundo, una guerra en la que no es visible el enemigo pero en la que la población civil vive en tiempos de guerra mientras en las minas y en las fábricas luchan los que se ganan el pan y en las calles vagan sin esperanza los millones que no son considerados aptos para el servicio —los desempleados, esos objetados por la conciencia de la rentabilidad.

A medida que se alejan, las horas se agrandan. A nuestro alrededor sólo prosperan en la familia humana los perros y los zancudos; las perras y las moscas. □